

## LA GUERRA DEL 95 DESDE UNA PERSPECTIVA SOCIAL

*Yolanda Díaz Martínez*

El 24 de febrero de 1985 se desencadenaba en Cuba la última guerra por la independencia nacional. Enormes contingentes de hombres fueron enviados por España a la Isla con el propósito de defender a costo de “hasta el último hombre y hasta la última peseta”, lo poco que quedaba de su antaño vasto mundo colonial.

Pretender enmarcar a cubanos y españoles dentro de un mismo bloque llevaría a asumir posiciones generalizadoras, pues, aun cuando la mayoría de cada uno de los miembros de las fuerzas contendientes puedan ser clasificados en dos posiciones: independentistas y colonialistas, las causas que conllevaron a su incorporación al conflicto difieren en algunos momentos. Además, el posterior desarrollo de los acontecimientos también incidió en las respectivas actitudes.

Un primer elemento a considerar resulta la composición y procedencia de los hombres que componían uno y otro ejército. Para el caso español, la vía principal de reclutamiento a la que se recurrió fue un sistema de sorteo conocido como “*quintas*”, razón por la cual estas fuerzas eran conocidas también con el nombre de “*quintos*”.

El Artículo 3º de la Constitución española señalaba la obligatoriedad de todo ciudadano a defender con las armas a su país, cuando fuese llamado, atendiendo a la Ley de Reclutamiento y Reemplazos del Ejército. El status de provincia ultramarina de Cuba determinó que una vez iniciado el conflicto, se estipulase la salida desde puertos españoles, con carácter regular, de distintos batallones con destino a la Isla.

Alrededor de este sistema de alistamiento se suscitaron en la época fuertes polémicas, pues la mencionada Ley eximía al recluta de cumplir los servicios abonando 1.500 pesetas, si era destinado a permanecer en España, ó 2.000 pesetas si era destacado a Ultramar.

Con la redención salieron beneficiados los jóvenes de recursos que podían efectuar el pago, mientras que la mayoría, fundamentalmente campesina, no podía realizarlo. De esta forma algunas familias no tan adineradas, perdieron inútilmente una parte de sus mejores tierras e incluso yuntas de bueyes o una buena cosecha. La diferenciación que establecía este beneficio motivó múltiples quejas y protestas, solicitando que el servicio militar fuera obligatorio para todos, o que los pagos fueran proporcionalmente adecuados en relación con el ingreso de cada una de las familias y no con una fija como estaba establecido.

Al no acordarse nada al respecto, los imposibilitados de pagar por falta de recursos, no tuvieron más alternativa que buscar otras vías para evadir el reclutamiento, entre ellos sustantivar sus nombres masculinos en femeninos, así José era reinscrito como Josefa, Antonio como Antonia, etc, o apelar al traslado de residencia. El primero exigía bastante dinero, y el segundo tampoco era muy viable pues el constante reclamo de hombres desde Cuba, provocaba que si en una región podían evadir el reclutamiento, en otra no lo conseguieran.

Sin embargo, el contingente militar que combatió en Cuba durante la guerra de 1895 no puede ser reducido solamente a los reclutas. También se nutrió de un buen número de voluntarios cuyo ingreso se realizaba por dos vías: los que una vez concluido el tiempo de alistamiento pedían el reenganche, y aquellos que se ofrecían espontáneamente para engrosar las filas de los que iban a Ultramar.

En mayo de 1895 por órdenes del general Marcelo Azcárraga, se dispuso el enganche y reenganche de aquellos que no excediesen de 40 años y estuviesen aptos físicamente. Un mes después, para estimular el ingreso de voluntarios, el Ministerio de la Guerra emitió una circular autorizando a todos los jefes de unidades de las armas de Infantería, Caballería y Artillería, así como a los de Ingeniería, Administración y Sanidad Militar, a cursar las solicitudes de los sargentos que pidieran reenganche, a cambio de lo cual se les concedería el grado de segundos tenientes, encomendando al Jefe de Ejército en Cuba para que los cabos y sargentos que estuvieran en esta categoría disfrutasen de todos los premios y ventajas correspondientes al grado.

Como parte de la misma aceptaron incorporarse numerosos prófugos de la justicia a cambio del indulto. De estos últimos, en junio del propio año de 1895 se dispuso no eximir, siquiera, a quienes no tuviesen la talla exigida en la Ley de Reclutamiento y Reemplazo.

Esta heterogeneidad dentro de la Recluta Voluntaria, nos obliga a distinguir la existencia de dos grupos muy distintos. Por una parte estaba el voluntario que educado en un ambiente de españolismo integral, consideraban como una obligación enrolarse en las tropas que marchaban a Cuba, movido, en ocasiones, por un fanatismo incontrolable.

En su mayoría eran parientes o afines de militares y politicastos profesionales, esta situación nos lleva a pensar que este grupo no fue muy numeroso y que en la medida que avanzó la guerra, debieron ser cada vez menores las cifras de aquellos que por voluntad propia y con posibilidades de redimirse, prácticamente se autoreclutaban para enfrentar un destino incierto y peligroso de por sí.

El otro grupo puede ser calificado de aventureros, como bien propone José Conangla Fontanilles.<sup>1</sup> Exceptuando algunos casos, en los que quizás predominó cierto romanticismo, en la generalidad primó el afán desmedido de satisfacer aspiraciones de toda especie, sin escrúpulos ni reparo de ninguna índole.

Algunos de estos habían cumplido cadenas, más o menos largas, por robos, pendencias, escándalos, etc. y otros, que valiéndose de estafas y toda suerte de recursos habidosos o audaces, en ocasiones, lograban vivir a costa del prójimo y al margen de la ley.

De todo lo anterior puede deducirse que el grueso de las fuerzas españolas estuvo compuesta por obreros y campesinos con visibles dificultades para asimilar la instrucción militar, lo que se acentuaba al desembarcar en el suelo cubano, y tener que enfrentarse, casi desde el mismo momento de su llegada, a fuerzas cubanas, en quienes la práctica de la guerra había desarrollado ciertas habilidades militares.

Quizás entre aquella gran masa de jóvenes hubiese algunos que mostraron cierta animosidad por la nueva misión, si ello aconteció, se debió en gran medida a la propaganda engañosa difundida en discursos patrioteros en los embarques militares hacia Cuba, las falsas promesas, halagos insinceros y repartos de banderitas, medallas, cigarros y escaso dinero; entusiasmo que si realmente existió, se apagó una vez que los barcos se alejaban de los puertos peninsulares.

Un testimonio revelador de las características que revistieron esos embarques, con la intención de estimular la salida de los soldados lo ofrece el propio Conanglas Fontanilles en sus *Memorias...*, a las que pertenecen los siguientes fragmentos de un poema:

Tengo el cuadro inolvidable  
siempre vivo en mi cerebro.  
En tropel las muchedumbres,  
circundaban todo el puerto.  
Despedidas sollozantes  
abrazos y dulces besos,  
palabras entrecortadas  
gritos, ayes y lamentos,  
desmayos crisis nerviosas,  
promesas y juramentos,  
manos trémulas en busca  
de otras manos en sustento.

Rebaños de hombres sin tino,  
y por contraste siniestro.  
Marcha de Cádiz sangrienta,  
discursos de engaño huero,  
casacas condecoradas  
que nunca salieron  
pitazos del buque astroso  
que humeaba ya en el puerto  
y el crujir de las cadenas  
entre adioses sin consuelo...

Asimismo, formaron parte del continente enviado a combatir el levantamiento en la Isla, aquellos individuos pertenecientes a los cuerpos castrenses que extinguían condenas en presidios como Ceuta, Melilla y otros menores en África. Según el decreto de 22 de agosto de 1895, se le concedía indulto a los condenados por tribunales militares a cambio de la solicitud de pase al Ejército de Operaciones en Cuba. Los comprendidos en esta categoría formarían parte de las compañías de disciplinados, que posteriormente eran agregadas al Ejército.

Si estos presos, o corrigendos como también se les denominaba, observaban una buena conducta durante su actuación en Cuba, recibían el indulto total, pero en caso contrario eran destinados nuevamente a los centros penitenciarios. Quedaban exceptuados de esta posibilidad los condenados a cadena perpetua.

Evidentemente existió una gran heterogeneidad en la composición de las fuerzas que marcharon a cumplir servicio en la Isla durante el tiempo que duró la guerra, situación que reiteradamente han sido pasada por alto y que, sin embargo, constituye un aspecto que en forma alguna debe ser descuidado. Su análisis permite afirmar, entonces, que en el grueso de esta fuerza no siempre se advirtió un malsano sentimiento de aversión hacia el soldado cubano que luchaba por la independencia.

Cuando lo enfrentaba, lo hacía porque veía el *mambí* al culpable de su alejamiento de la tierra natal y de todas las desdichas en general, o quizás, por un puro autonomismo disciplinario e incluso, en ocasiones, por instintivo impulso de defensa propia e individualísima.

Si bien al inicio se advirtió una “especial disposición” en marchar a Cuba, en la medida que fue avanzando la campaña, los síntomas de resistencia al embarque fueron cada vez más evidentes. Las masivas despedidas de soldados, con himnos, regalos y alegres rostros, se trocaron progresivamente en disgustos, tristeza e incertidumbre.

Unido a lo anterior, la necesidad cada vez más creciente de efectivos, trajo aparejado la inescrupulosidad en la selección y aprobación de estos voluntarios, algunos de los cuales, con frecuencia, eran personas mayores que desconocían las exigencias de la guerra, e incluso carecían de las aptitudes físicas necesarias.

Al respecto Manuel Corral, quién formó parte del Ejército Español durante la campaña del 95, relataba en sus memorias:

Pero no era solamente gente valentudinaria la que enviaban a Cuba, iban también inútiles cuya imposibilidad física era tan visible que no hacía falta ser médico para conocerla: he visto herniados, cojos, mancos, asmáticos, tísicos y hasta ciegos... Tan creciente fue el número de inútiles procedentes de la recluta voluntaria ingresada en los hospitales, que el director del (hospital) de La Habana lo puso en conocimiento del General Jefe, quién ordenó en lo sucesivo que los voluntarios que llegasen a la Isla sufrieran un determinado reconocimiento facultativo, el cual dio origen a que a finales del año 96, se formase proceso a algunos jefes, oficiales y médicos de los banderines de reenganche.<sup>2</sup>

Tan heterogénea tropa fue la que utilizó España durante su última campaña militar en Cuba.

El estudio de la parte cubana no resulta tan compleja, en tanto puede advertirse, salvo casos aislados, una incorporación masiva a la lucha independentista.

Para nadie resulta desconocido que con la firma del Pacto del Zanjón, en 1878, y poco tiempo después con el fracaso de la denominada Guerra Chiquita, los cubanos vieron como las posibilidades de alcanzar la independencia se desvanecían.

Vendría después un período largo, pero, de cierta forma, fecundo que permitía ir uniendo voluntades y creando las condiciones necesarias para una próxima oportunidad que lograría, finalmente, proporcionar a los cubanos la tan ansiada independencia.

Es así que el 24 de febrero nuevamente se lanzaban armas contra el dominio español en la Isla. El proceso no fue homogéneo en toda la Isla, localizándose inicialmente en el extremo oriental, sitio donde el arraigo de la anterior contienda y la presencia de jefes de la talla de Máximo Gómez, Antonio Maceo y su hermano José, Bartolomé Masó y muchos otros más, imprimieron rapidez al desarrollo de los acontecimientos.

Poco a poco irían incorporándose las distintas regiones del país, hasta que en 1896, con la llegada de la Invasión a Pinar del Río, provincia más occidental de Cuba, se completaba el estado de guerra a lo largo de toda la Isla.

A diferencia de lo acontecido durante la Guerra de los Diez Años, donde una de las primeras medidas tomadas por Carlos Manuel de Céspedes era conceder la libertad a los esclavos que se sumaran al proceso, durante 1895 la incorporación de la raza negra fue totalmente voluntaria, pues no hay que olvidar que ya desde la década de los 80 se había abolido el régimen esclavista. De todas formas, un vistazo a las hojas de servicios e innumerables testimonios participantes en el conflicto en cuestión, nos permitirá percatarnos de una elevada cifra de negros dentro de las filas del Ejército Liberador.

También desempeñaron un rol significativo dentro de la composición de las fuerzas cubanas, dedicada fundamentalmente a las actividades agrícolas, generalmente de subsistencia o de comercio en muy pequeña escala, igualmente con la intención de emplear lo producido, precisamente, en aquello que necesitaba para cubrir sus necesidades. Personas que en las ciudades desarrollaban múltiples oficios, cuyo pago en ocasiones solo alcanzaba para mal vivir, también estuvieron representados en las filas insurrectas.

Tampoco puede ser ignorada la colaboración y con frecuencia participación, de sectores medios de la burguesía que también dieron su aporte a la guerra, brindando sus servicios, no sólo como oficiales sino también como profesionales, sobre todo médicos y sanitarios, personal altamente demandado durante el desarrollo de la campaña.

El móvil que llevó a la incorporación de la citada variedad de los cubanos a sumarse a la lucha indudablemente fue una: la independencia, aunque indudablemente hubo otras razones que igualmente contribuyeron a tal decisión.

Sin la intención de conceder un orden de prioridad, pueden señalarse entre ellas, las limitaciones que el régimen colonial español había impuesto a los cubanos en cuanto a libertades: de expresión, de reunión, etc., además, que desde el punto de vista económico la política española imponía serias restricciones para el desarrollo, limitando las posibilidades de producción y con un mercado proteccionista perjudicial a los productos cubanos, razón por la cual se había ido experimentando, cada vez más, un viraje hacia el mercado norteamericano, con mayores perspectivas, al menos en esos momentos, para los productores y comerciantes cubanos.

Entre otro orden de cosas, en la medida que avanzó la guerra se apreció una ascendente incorporación, motivada entre otras razones, por la continua persecución de las autoridades españolas a todo cubano que pudiera ser portador de cualquier germen independentista, proceso que alcanzó su mayor expresión con la política de reconcentración llevada a cabo por Valeriano Weyler, y que obligó a muchos cubanos a definir su situación, pues no siempre era posible colaborar con los cubanos desde las poblaciones o sitios alejados sin correr el peligro de ser apresados.

A lo anterior hay que sumar el hecho de que la propia política destructora de los cubanos, arrasando campos y sembrados a la par de las fuerzas españolas, ocasionaba un progresivo deterioro en la situación de los habitantes del campo, dejando a muchos de ellos en una difícil situación, razón por la cual optaban por unirse a las fuerzas cubanas, ya fuera ofreciendo sus servicios directamente sobre las armas o sencillamente en la retaguardia, fundamentalmente en las prefecturas.<sup>3</sup> En las que se acogían no sólo las personas que según lo estipulado por las ordenanzas militares estaban incapacitados para la guerra,<sup>4</sup> sino hombres mayores, preferentemente que conocieran algún oficio; mujeres, niños, etc.

Evidentemente pueden apreciarse ostensibles diferencias entre una fuerza y la otra no sólo en su composición sino en los móviles que condujeron a la incorporación y posterior actuación de una y otra fuerza durante la contienda.

En cuanto a este último aspecto, resulta imprescindible señalar algunas características de la forma de vida implementada por una y otra fuerza para garantizar su subsistencia, aspecto frecuentemente ignorado pero, de significativa importancia para el adecuado desempeño de la tropa durante las acciones.

Un primer punto lo constituyó cómo garantizar los abastecimientos del Ejército Español, para ello se estableció en Cuba un cuerpo de Administración Militar, que a través de la Intendencia Militar, debía garantizar los recursos al soldado, para lo cual fueron instaladas a lo largo de toda la Isla las factorías, enclaves que por sus características y objetivos se convirtieron en una especie de almacén o depósito.

Esto permite comprender la gran variedad de productos que eran destinados a ellas, así como su localización en lugares cercanos a plazas militares y de fácil acceso para el soldado en marcha.

Visto desde esta óptica el sistema de abastecimiento español, podría pensarse en absoluta efectividad, pero una lectura más profunda y acuciosa de las fuentes que recogen

información al respecto, nos mostrará una realidad muy distinta de lo estipulado en las leyes, lo cual atentó contra el soldado, dificultando su mantenimiento a lo largo del conflicto.

El origen del problema radicaba en la propia factoría, alrededor de la cual se estableció una verdadera red de negocios, que permitían a los factores sacar pingües ganancias a costa de las necesidades del combatiente. Esta situación llegó a alcanzar tales niveles que las autoridades superiores se vieron obligadas a tomar severas medidas, encaminadas a eliminar, si no absolutamente al menos atenuar, todos los problemas que alrededor de ellas se generaban.

Por tal razón se hicieron sucesivas inspecciones a las factorías, con el fin de determinar el estado real de los productos que en ellas se almacenaban, así como la adopción de modificaciones administrativas que permitieran garantizar, en la medida de lo posible, su mejor funcionamiento.

Independientemente de las circunstancias que diferencian al estado de los soldados destacados en propiedades, poblaciones, fortificaciones, etc., y el que estaba de operaciones, es aplicable a todos ellos una situación de carencias que se agudizó en la medida que la guerra se extendía por todo el país.

Por una parte no siempre existían las condiciones propicias para hacer llegar las mercancías desde los puertos hasta los lugares destinados para su depósito, así como entre los distintos poblados y ciudades, lo cual lógicamente atentaba contra el buen funcionamiento. De igual forma tampoco era posible encontrar en ellas todo lo que normalmente estaba previsto, pues España no estaba en condiciones de seguir manteniendo desde la Península a un Ejército que superaba los más de 250.000 efectivos.

Pero no solo en estos elementos radicó la dificultad del soldado español para subsistir. El hecho de que se desconociera en toda su amplitud las características del territorio cubano y por tanto la riqueza de su flora y fauna, incidió en la imposibilidad de poder emplear en toda su magnitud la gran variedad de posibilidades que estas brindaban para contribuir a complementar el nutriente calórico.

Tal situación conllevó, a su vez, a que los miembros del Ejército Español trataran de mantener durante todo el tiempo de la contienda los hábitos alimentarios de la Península.

A ello debe añadirse el hecho de que mientras el soldado y sus oficiales inmediatos operaban en los campos de Cuba, los altos oficiales –jefes de Brigada, Regimiento, División-; estaban radicados en las ciudades e incluso en la capital donde les llegaba por telegrama la situación de los soldados. De ahí que tampoco tuvieran una gran preocupación por el verdadero estado de éstos.

Esta dificultad se agudizaba en la medida que los combatientes peninsulares, se encontraban limitados para poder adquirir los recursos necesarios para su subsistencia directamente de los mercados y comerciantes locales, dado los continuos retrasos en las



pagas que en algunos lugares de la isla llegaron a alcanzar hasta 11 meses. Aun cuando existía la expedita orientación de que la fuerza recibiera su paga correspondiente, en la realidad pocas veces acontecía de esa forma.

Tampoco puede decidirse que la situación sanitaria fue de las mejores. Si bien es cierto que anticipadamente a iniciarse el conflicto, el alto mando militar en la Isla había establecido un sistema de atención a la tropa, muy pronto el desarrollo de la guerra demostró la imposibilidad de dar total satisfacción a las necesidades que su ejército experimentaba.

Las cifras de mortalidad alcanzadas por los soldados españoles, indudablemente superaron los cálculos realizados. En esta circunstancia incidieron múltiples factores. Los más relevantes, indudablemente, fueron los referidos a la táctica y estrategia desplegada por las fuerzas insurrectas cubanas, así como lo adverso del clima imperante en el país, factible para la proliferación de múltiples enfermedades y epidemias.

A esto se unía una deficiente alimentación y un vestuario inadecuado, así como la falta de descanso de la tropa, que de haberse cumplido habría permitido su reposición de las constantes marchas y contramarchas. Tampoco puede ignorarse que no siempre se cumplió con lo que establecía el Cuerpo de Sanidad Militar, así por ejemplo, no siempre la tropa llevaba en sus operaciones ni el personal médico ni los materiales para el auxilio, según se había establecido, solo en raras ocasiones portaban los filtros orientados para proceder a la purificación del agua. Todo ello contribuyó a una cifra de muertes muy superior a los 50.000 soldados.

Si bien el alto mando militar español en la Isla, e incluso en la Península, siempre mostró una clara intención de subestimar la capacidad combativa de los cubanos y hacer caso omiso a su desempeño durante la última guerra independentista, lo cual puede haber motivado alguna alteración en las cifras de causas de muerte de las fuerzas españolas, resulta incuestionable que las muertes ocasionadas por enfermedades como la fiebre amarilla, el paludismo, la disentería y otras no tan graves como los estados gripales o diarreicos, pero que por su mala atención podían convertirse en letales, dejaron huella en el Ejército Español que combatió en la Guerra de 1895 a 1898. Esto, obviamente, no implica que las cifras de muertes por acciones de guerra no hayan sido significativas.

Por otra parte la disponibilidad de camas no siempre cubrió las necesidades. En la medida que la guerra se extendió por toda la Isla y se apreció la imposibilidad de su pronta culminación, España dispuso la apertura de nuevos lugares para dar atención a la tropa. Sin embargo, el cuidado no siempre era el mejor pues en unos se aglomeraba un número excesivo de camas, lo que ocasionaba dificultades en la atención, en otros se disponía de las condiciones mínimas, y en los terceros faltaban los medicamentos requeridos.

De las dificultades afrontadas es muestra elocuente la apreciación del General Luis M. De Pando en un informe de noviembre de 1897, remitido por él a Miguel Corres, Ministro de la Guerra, donde planteaba que los individuos disponibles para la guerra



estaban agotados de fatiga y mal alimentados, lo cual hacía que Blanco, más que un ejército para combatir, tuviera un ejército de hambrientos y convalecientes.

Una evaluación de conjunto de los elementos analizados permite advertir una situación extremadamente compleja para el Ejército Español, lo cual sin duda alguna incidió en su desempeño combativo, razón por la cual España se vio en la necesidad de adoptar disímiles medidas para levantar el ánimo de la tropa y garantizar la permanencia de sus hombres en Cuba.

Resaltan dentro de ellas, dar satisfacción a la tropa en su reclamo de realizar misas de campaña, cuando las fuerzas salían de operaciones por largo período de tiempo. En estas misas, se daban votos por el buen desempeño, la seguridad del triunfo y un regreso victorioso entre vítores, así como el consuelo para aquél que no regresara pues había dado la vida en defensa del honor de su país.

También se orientaba que los jefes de las distintas armas permitieran a su fuerza la celebración de los santos patronos de sus respectivas armas: Caballería - Santiago Apóstol, Artillería - Santa Bárbara e Infantería - Inmaculada Concepción.

También se hicieron esfuerzos en la península a fin de conseguir por subastas públicas donaciones que posibilitaran entregarle al soldado un aguinaldo en reconocimiento a sus servicios.<sup>5</sup> Empeño que parece ser no se llegó a concretar.

El Ejército Libertador tampoco estuvo ajeno a las dificultades que constituía garantizar su subsistencia durante la Guerra de 1895, por lo que debió adoptar diversas vías.

El establecimiento de las prefecturas a lo largo de toda la Isla, en dependencia de las características regionales fue una de ellas. Ésta tenía entre sus objetivos principales garantizar los abastecimientos del ejército cubano.

Es indudable que éstas hicieron un aporte significativo para cubrir las necesidades de los insurrectos. Pero la práctica demostró que no siempre se obtuvieron los resultados esperados, pues éstas afrontaron algunas dificultades que impidieron un desempeño mucho mayor y más efectivo.

De hecho su efectividad no fue la misma que en Occidente. En la primera región la topografía hacía que en su establecimiento y producciones fueran mejores que en el otro extremo del país. Enrique Collazo, obviamente de forma exagerada pero con cierta dosis de razón, planteaba que éstas fueron un patrimonio de Oriente y Camagüey, sitios en los que, según él, tuvieron su máxima expresión.

Otro elemento a tener en cuenta son los distintos momentos de intensidad por los que atravesó el conflicto, que de hecho condicionaron situaciones distintas, así por ejemplo durante la etapa de la reconcentración, en ocasiones no existían en ellas recursos suficientes ni para satisfacer las necesidades de sus pobladores.

Por otra parte, el hecho de responder la prefectura a una estructura civil y tener funciones militares, suponía una subordinación de las necesidades militares a los funcionarios civiles. Sin embargo, esto planteó una contradicción que no se resolvió a lo largo de la guerra.

Un último punto que no debe pasar inadvertido es el hecho de que las guerras desatan un cúmulo de necesidades, que generalmente vienen asociadas a una serie de actos censurables como el robo, el comercio ilícito, y la corrupción de algunos funcionarios, hechos de los cuales no estuvo exenta la prefectura y que fueron sancionados con rigor y justicia, siempre que las circunstancias permitieron establecer el culpable.

En cuanto a la ayuda suministrada por el Departamento de Expediciones hay que admitir ante todo, que el propio hecho de radicar éste en territorio norteamericano condicionaba una situación en extremo compleja, pues la persecución desatada contra toda aquella persona que mostrara solidaridad con la causa cubana, provocaba que la ayuda no resultara en la proporción esperada.

A ello se añadía que los mecanismos de distribución establecidos para hacer llegar a las tropas lo que esas expediciones traían, también contribuyeron a limitar el verdadero alcance de los recursos transportados por ellas, así como que tampoco se lograba una distribución equitativa.

Esta distribución conllevó a que el mambí tuviera que acudir a complementar su alimentación, y abastecimientos en general, por otras vías, en las cuales, sin duda alguna, desempeñó un gran peso su conocimiento del terreno.

En sentido general se implementaron dos variantes fundamentales. Una, la que llegaba por conducto de los cubanos simpatizantes de la causa y que en función de ella pusieron los escasos recursos con que contaban.

La otra era la que llegaba por conducto de los españoles, arrebatándoles por la fuerza todo lo que pudiera ser de utilidad a los mambises, esta vía se hacía efectiva a través de los asaltos a convoyes, sitio y toma de poblaciones, o las incursiones en las zonas de cultivo.

Esto, sin embargo, no invalida el acercamiento de algunos comerciantes a los cubanos para contribuir en lo posible a su subsistencia, lo cual casi siempre estaba amparado en algún interés, ya fuera de protección o de facilidades para establecer ese comercio.

Referente a la situación sanitaria, ésta también fue en extremo compleja. El vivir en Cuba propiciaba que los soldados insurrectos estuviesen mejor adaptados al clima imperante y por tanto desarrollasen una mayor adaptación orgánica, lo cual, sin embargo, no los excluía de contraer enfermedades similares a las que atacaron al soldado español, con la diferencia de que en su caso la morbosidad fue menor.

La carencia de suficientes fuentes imposibilita determinar la cifra de mortalidad y mucho menos deslindarlas por las causas. No obstante consideramos la posibilidad de

una cifra más o menos similar entre las acaecidas por acciones de guerra, considerando la efectividad del Mauser, y las ocurridas por enfermedades, tomando en cuenta para estas últimas muestras parciales de cifras en cuanto a hospitalizados y fallecidos en algunos hospitales de la Isla durante distintas etapas del conflicto.

Aunque en el propio año 1895 se estructuró un Cuerpo encargado específicamente de prestar servicios médicos, el propio desarrollo de la guerra demostró la imposibilidad de dar total cumplimiento a las funciones a él asignado.

A lo largo de toda la Isla, e igualmente en dependencia de la topografía y características de cada región, fueron construidos hospitales que podían ser fijos y móviles. Los primeros con condiciones superiores: construcción más sólida, mejores condiciones para la atención de los convalecientes, y la posibilidad de realizar, incluso cirugías muy complejas en dependencia del material disponible a tal efecto.

En el caso de los segundos, los móviles, si bien eran mucho más modestos, desempeñaron un papel muy relevante, en tanto era posible su construcción sin grandes recursos y en cualquier lugar donde hubiese alguna protección del asedio de las fuerzas españolas. En éstos, por lo regular, no se realizaban complejas cirugías, sino que se trataba a los enfermos y heridos menos graves.

Esta atención se complementaba con los servicios que brindaban los pacíficos, quienes a riesgo de perder la vida en caso de ser descubiertos, alojaban en sus casas a los insurrectos necesitados de atención.

No obstante todas estas posibilidades, las capacidades de camas, si así podía llamarse en algunas ocasiones, no eran suficientes. A ello se unía otro factor más grave aún: la insuficiente disponibilidad de medicamentos.

Resulta obvio que para un ejército como el cubano, regular según su organización, pero con un carácter irregular según su actividad y desempeño, resultaba del todo imposible tener a su alcance todas las medicinas que requería, pues aunque combatían en su país de origen, los recursos que recibía llegaban a ellos después de muchos esfuerzos y riesgos.

Tal situación condicionó la necesidad de acudir a diferentes variantes para lograr acceder a los medicamentos y material sanitario en general. Ya se ha mencionado con anterioridad la colaboración brindada por los pacíficos en el albergue de los convalecientes, también fueron ellos proveedores de medicinas que adquirían en los poblados ya fueran compradas con dinero mambí o gracias a la colaboración de otros simpatizantes con la causa cubana.

Otras llegaron por la vía del Departamento de Expediciones, igualmente insuficientes con respecto a las necesidades, también fue explotada la ayuda que desde el campo enemigo se recibió. Pero indudablemente fue la ingeniosidad, habilidad y conocimiento mambí lo que permitió suplantar con los recursos naturales del país la carencia de medicamentos.

De esa forma hierbas, arbustos y árboles facilitaron la elaboración de tisanas, pócima, píldoras y otras variedades, que en muchos momentos fueron el auxilio tan esperado para salvar una vida. En este empeño desempeñaron un relevante rol los laboratorios farmacéuticos creados en varios puntos de la Isla.

Los elementos expuestos nos permiten concluir que ambas fuerzas tuvieron una situación en extremo compleja para lograr su supervivencia durante la Guerra del 95, sin embargo, la parte cubana, representada en el Ejército Libertador contó con un móvil capaz de superar cualquier adversidad por difícil que ésta fuera, lo cual es aseverado por la siguiente afirmación de José Isabel Herrera, Mangoché, combatiente del cubano que peleó durante toda la guerra en la región habanera:

Yo en la guerra estaba muy contento, allí empecé a conocer a muchos que no pudieron ver libre a su patria y duermen muy tranquilamente y sin remordimiento, porque ellos murieron a tiempo para no sufrir lo que sufrimos nosotros los que no caímos, sobreviviendo de la campaña más recia que haya sufrido pueblo alguno sobre la tierra. No por lo que se haya debido a la falta de todo lo necesario para sostenernos, menos el valor y la fe que llevábamos como divisa.<sup>6</sup>

## FUENTES

### Relación documental

- Archivo Nacional de Cuba.  
Fondo Academia de la Historia.  
Fondo Asuntos Políticos.  
Fondo Donativos y Remisiones.  
Fondo Guerra de 1895.  
Fondo Máximo Gómez.
- Archivo de Palacio Real de Madrid.  
Fondo Cuba. Sección Mayordomía Mayor.
- Servicio Histórico Militar de Madrid.  
Fondo Cuba.

### Relación bibliográfica

- Burquette, Ricardo: *La Guerra de Cuba*. Diario de un testigo. Imprenta Maucci, Barcelona. 1902.
- Cruz, Agustín: *Memorias de un médico mambí*. Editorial Lex, La Habana, 1948.
- Collazo, Enrique: *La guerra en Cuba*. Casa Editorial Librería Cervantes, La Habana. 1926.
- Díaz Benso, Antonio: *Pequeñeces de la Guerra de Cuba por un español*. Imprenta de los hijos de M.G. Hernández, España, 1897.
- Herrera, José Isabel: *Impresiones de la Guerra de Cuba*. (SE), La Habana. 1948.
- Isern, Damián: *Del desastre nacional y sus causas*. (SE), Madrid, 1899.

Isaguirre, José María: *Recuerdos de la guerra*. Editorial Guaímaro, Cuba, 1941.

Izquierdo Canosa, Raúl: *La logística mambisa*. Editado por el Centro de Información para la Defensa, La Habana. 1992.

Lara y Cerezo, Ángel D.: *Datos para la historia de la campaña sanitaria en la Guerra de Cuba*. Apuntes estadísticos relativos al año 1896. Imprenta de Ricardo Rojas, Madrid. 1901.

Pino de la Vega, Mario: “Apuntes para la historia de los hospitales de Cuba. 1523-1899” en *Cuadernos de Historia de salud pública*. Imprenta Consolidada de las Artes Gráficas, Habana, 1963.

Weyler, Valeriano: *Mi mando en Cuba*. 5T. Casa Editorial de Felipe González Rojas, Madrid. 1910.

### Fuentes Periódicas

Periódico *El Correo Militar*. 1895-1898. Madrid.

Periódico *El Imparcial*. 1895-1898. Madrid.

Periódico *La Época*. 1895-1898. Madrid.

Periódico *La Lucha*. 1895-1898. Cuba.

*Revista de Sanidad Militar*. 1895-1898. Madrid.

## NOTAS

- <sup>1</sup> José Conanglas Fontanilles, arribó a Cuba como quinto en el año 1895 y gracias a su condición de Bachiller en Letras y Ciencias, así como la ayuda de algunas personas conocidas perteneció al personal de oficinas durante la Guerra. Primero actuó en Sancti y después en la Habana. Gracias a todas estas facilidades escribió sus *Memorias de mi juventud en Cuba durante la Guerra Separatista. 1895-1898*, donadas al Archivo Nacional de Cuba, ubicadas en el Fondo Donativos y Remisiones, Leg.360, Nº 3.
- <sup>2</sup> Corral Manuel: *¡El desastre!. Memorias de un voluntario en la Campaña de Cuba*. Tip. Moderna, Barcelona, 189, p. 75.
- <sup>3</sup> La prefectura respondía a una estructura civil, y ubicada en sitios inaccesible para las fuerzas españolas, en dependencia de la topografía de cada región, contribuía al sostén del soldado cubano. Para más información ver Izquierdo Canosa, Raúl: *La logística mambisa*. Editado por el Centro de Información para la Defensa, La Habana. 1992.
- <sup>4</sup> Según las ordenanzas militares estaban excentos del servicio de las armas aquellas personas que tuviesen alguna dificultad física o que constituyeran el único sostén de su familia, así consta reiteradamente en Joaquín Llaverías y Emeterio Santovenia: *Compilación de las Actas del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia*. Imprenta Rambla y Bouza, La Habana, 1928.
- <sup>5</sup> Durante todo el año 1896, en múltiples fuentes se aborda esta posibilidad, la primera de ellas es la propuesta del General Lachambre de febrero de 1896, Caja 272, Nº 10. Fondo Donativos y Remisiones, A.N.C. En fechas posteriores de ese mismo año periódicos como *El Diario de la Marina*, 13 de noviembre de 1896 y *El País*, 1 de diciembre de 1896, insistían en llevar a vías de hecho esa probabilidad.
- <sup>6</sup> José Isabel Herrera: Ob. Cit. p. 24.